

Honra Ciro á Daniel,

Luego que le vió y trató Ciro, le amó y honró sobre todos sus amigos, hizo que comiese siempre á su mesa, y léjos de rebajarle los honores y estimacion que le habian dispensado sus antecesores, añadió nueva estimacion y nuevos honores, ensalzándole en tan gran manera que vino á ser como el señor de los señores, medos, persas y babilonios. Tanta elevacion habria hecho temblar á Daniel al acordarse del lago de los leones, y tanta carga hubiera sido insoportable en su edad, si el bien de sus hermanos y el cumplimiento de las disposiciones del Cielo no le hubieran obligado á resignarse con todo. Daniel, este respetable anciano, aprovechaba el amor que le profesaba el monarca para bien del monarca mismo. En sus intimidades le hablaba con frecuencia del solo Dios verdadero; pero Ciro, tan conquistador de los pueblos, como conquistado por las supersticiones, estaba muy aferrado en sus idolatrías. Era valiente: á nadie temia; pero en tocando á los dioses, era el mas cobarde y el mas dispuesto á pasar por todos los embustes que se le quisiesen sugerir. Esta situacion y condicion del principe era bien deplorable, sin embargo no era desesperada; porque ya se sabe que es menos difícil convertir á un adorador extraviado en adorador verdadero, que en adorador al que no adora: es decir, que no es muy difícil convertir á un idólatra; pero que es casi imposible convertir á un impío. Daniel trabajaba en la conversion de este principe idólatra, y aunque le hubo de costar caro su empeño, no salió vana su esperanza.

Ídolo Bel.

Cuando Ciro vino á Babilonia encontró un ídolo, llamado Bel, en la mayor altura de veneracion entre los

Babilonios. Desde luego se declaró su adorador, y todos los dias iba á rendirle sus cultos. Daniel adoraba á su Dios. ¿Y porqué, le preguntó un dia Ciro, porqué tú no adoras á Bel? Porque yo, respondió Daniel, no adoro á dioses que fabrican los hombres, sino á Dios vivo que crió los cielos y la tierra y tiene poder sobre todo cuanto existe. ¿Pues qué, le dijo el rey, piensas que Bel no es dios vivo? ¿Acaso no ves cuánto come y bebe cada dia? (se gastaban con este ídolo diariamente doce artabas (como unas mil y ochenta libras) de flor de harina, cuarenta ovejas y seis ánforas (diez y ocho arrobas) de vino). Y respondió Daniel sonriéndose: No vivais engañado ¡ó rey! porque ese Bel por dentro es de barro y por fuera de bronce, y nunca come. Airado el rey al oír esto, llamó á los sacerdotes del ídolo, y les dijo: Si no me declarais quién come todo esto que se gasta diariamente, moriréis. Mas si me haceis ver que Bel come esto, morirá Daniel, porque ha blasfemado contra Bel; y dijo Daniel al rey: Hágase como lo has dicho.

Sacerdotes del ídolo.

Eran los sacerdotes de Bel setenta, sin contar las mujeres, hijos y niños. No les puso en cuidado esta amenaza del rey, porque habian hecho bajo de la mesa del altar una entrada secreta y tan disimulada, que no creian posible que fuese descubierta. Por ella entraban y comian todo lo que se llevaba diariamente para Bel. Fué el rey con Daniel al templo de Bel, y le dijeron los sacerdotes: Hé aquí que nosotros nos salimos del templo y nos retiramos, y tú, ¡ó rey! haz poner las viandas y el vino delante de Bel; cierra la puerta del templo y séllala con tu anillo; y si mañana temprano, cuando entrases, no hallares que todo lo ha comido Bel, mándanos matar, y si lo ha comido, que muera Daniel, porque ha mentido contra nosotros.

Industria singular de Daniel.

Luego que los sacerdotes salieron del templo, hizo el rey poner las viandas y el vino delante de Bel. Iba el rey tambien á salir; pero Daniel habia prevenido á sus criados que le llevasen una criba y ceniza, y le suplicó que se detuviera por algunos momentos. Tomó la criba y la ceniza, despachó á sus criados, y quedando solos el rey y el profeta, cribó este á la vista de aquel la ceniza por todo el pavimento ó suelo del templo, y suplicó al rey de nuevo, que guardase silencio hasta que el dia siguiente abriesen el templo. Nada penetró Ciro de la consecuencia que podria tener esta operacion, que se parecia á una extravagancia. Concluida á satisfaccion de Daniel, cerraron el templo, y el rey selló con su anillo las puertas. En lo mas oscuro y secreto de la noche entraron, segun su costumbre, por la puerta secreta los sacerdotes, sus mujeres é hijos, llevaron, comieron y bebieron toda la cena de Bel, y nunca con mas gusto, porque se miraban seguros de la victoria contra Daniel, y esperaban que el culto del ídolo quedaria mas autorizado que nunca, y su regalo mas asegurado; pero estos impostores no se encontraban en la feliz situacion que ellos se figuraban, y la escena sacrilega que estaban representando se hallaba muy próxima á ser teñida con su propia sangre. Se levantó el rey muy de mañana y Daniel con él. Se dirigieron al templo de Bel, y llegando á sus puertas, dijo el rey á Daniel: ¿Estan sin tocar los sellos (que pusimos ayer)? sin tocar estan, ¡ó rey! repondió Daniel; y habiendo abierto luego las puertas, miró el rey á la mesa de Bel, y viéndola vacía, dió un grito diciendo: Grande eres, ¡ó Bel! y no hay en ti engaño alguno. Se rió Daniel, y deteniendo al rey para que no entrase, le dijo: Mirad ese pavimento, y advertid. Yo veo, dijo el rey, huellas de hombres, mujeres y niños. Conoció luego la maldad, y lleno de ira mandó prender á los sa-

cerdotes, sus mujeres é hijos, les obligó á declarar la puerta secreta por donde entraban á comer lo que se ponía sobre la mesa del ídolo, y luego los hizo morir, y entregó á Bel en poder de Daniel, quien le destruyó juntamente con el templo.

Ídolo Dragon.

Habia tambien en Babilonia un gran dragon al que adoraban los Babilonios por Dios, y despues de la destruccion de Bel, de su templo y de sus sacerdotes, dijo el rey á Daniel: Ahí está el dios dragon, á quien adora toda Babilonia, y yo tambien le adoro. No me dirás ahora que el dios dragon no es un dios vivo. Adórale tú tambien. Yo, respondió Daniel, adoro á mi Dios y Señor, porque es el Dios vivo. Este dragon no es el Dios vivo, y sino dadme, ¡ó rey! facultad, y yo le mataré sin palo ni espada. Te la doy, dijo el rey. Tomó entonces Daniel pez, sebo y pelos, le coció todo junto, é hizo de ello unas pellas, las echó en la boca del dragon y luego reventó. Hé ahí, dijo Daniel al rey, el que adorábais por dios, y el rey quedó confundido y convencido. No nos dice el texto sagrado si el rey entregó al poder de Daniel el dragon como habia entregado á Bel, aunque era consiguiente. Cuando los Babilonios supieron la destruccion del ídolo dragon, se irritaron en extremo y amotinados contra el rey, dijeron: Judío se ha hecho el rey. Ha permitido á Daniel que destruya al dios Bel, que mate al dragon y que haga morir á sus sacerdotes. Entonces vinieron en tumulto á palacio y dijeron al rey: Entrérganos á Daniel, ó sino te mataremos y á tu familia.

Daniel es arrojado segunda vez en el lago de los leones

Viendo el rey que le estrechaban, forzado por la ne-

cesidad, les entregó á Daniel, y al momento le arrojaron en el lago de los leones. Tuvieron presente los amotinados, que cuando fué arrojado en aquel mismo lago en tiempo de Darío, solo habia estado en él una noche, y creyeron que se necesitaba mas tiempo para obligar á los leones á que devorasen á Daniel por generosos que fuesen, y dispusieron que estuviese allí seis dias. Habia en el lago siete leones, y se les daban cada dia dos ovejas y dos cuerpos que no nombra la Escritura, y nada se les volvió á dar desde que arrojaron á Daniel entre ellos. Ciertamente que en esta ocasion tomaron bien las medidas para que Daniel no escapase de las garras de la muerte, en el caso de librarse de las de siete leones estando sin comer por seis dias, pues que un anciano, de casi noventa años, no podia vivir seis dias sin alimento; pero no se muere ni por falta de alimento ni por garras de leones, cuando se está bajo la proteccion del Dios omnipotente, ni se deja de morir sino por los medios que elige su providencia. El Señor, que conservó á Moises cuarenta dias sin comida ni bebida, y á Elías otros cuarenta, pudiera haber conservado seis á Daniel; pero no le plugo hacerlo así, y quiso conservarle con un nuevo y mas ruidoso portento, que al paso que consolase á las reliquias de Israel, que vivian en rededor de las ruinas de Jerusalem, hiciese mas conocida la proteccion que el Señor dispensaba á su fiel siervo.

Un ángel lleva al profeta Habacuc por el aire con comida para Daniel.

Estaba á la sazón el profeta Habacuc en la Judea, y un dia que llevaba á sus segadores un potaje y unos panes, se le presentó un ángel del Señor y le dijo: Esa comida que tienes llévala á Babilonia á Daniel, que está en el lago de los leones. Señor, respondió Habacuc, yo no he estado en Babilonia, y no sé el lago de los leones.

Al momento el ángel del Señor le tomó por les cabellos y con la velocidad de su espíritu le llevó á Babilonia, distante como trescientas leguas, y le puso sobre el lago de los leones. Daniel, clamó aquí Habacuc, Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envía el Señor. Levantó Daniel al cielo sus ojos, y penetrado del mas profundo agradecimiento, exclamó: ¡De mí, ó Dios mio, os habeis acordado y no habeis desamparado á los que os aman! y levantándose comió, y el ángel del Señor volvió á llevar á Habacuc, luego al punto, al lugar donde le habia tomado.

Ciro manda sacar del lago á Daniel.

Al sétimo dia vino el rey á llorar á Daniel: llegó al lago, miró al fondo, y... ¡qué asombro! vió á Daniel sentado en medio de los leones. La alegría del rey no cupo en su pecho y le obligó á prorumpir en gritos, exclamando: ¡Grande sois, Señor, Dios de Daniel! Hizo como Darío que sacasen del lago á Daniel, y echasen en él á los que habian maquinado su muerte, y en un momento fueron devorados por los leones, á la vista del rey, quien mas asombrado cada vez y mas gozoso, dió allí mismo un decreto que decia: Teman al Dios de Daniel todos los moradores del orbe, porque él es el Salvador, el que hace prodigios y maravillas en la tierra, el que ha librado á Daniel del lago de los leones; y mandó que este decreto se enviase á todos los pueblos de sus tres imperios.

Ciro se convierte, y Daniel consigue el decreto de la libertad de Israel.

Este portento, que presenció el mismo Ciró, fué el último de aquella multitud que habia obrado el Señor,

durante la cautividad en los imperios de Caldea y de Persia; el que convirtió á este monarca, anunciado cerca de dos siglos antes de su nacimiento como libertador del cautivo Israel, y el que, preparando el fin del cautiverio, abrió la puerta á los cautivos para volver á su patria. Ciro al ver este prodigio recobró todo aquel brio que le habia acompañado por toda su vida, y que pareció haberle desamparado á la vista de los amotinados: hizo en ellos un escarmiento tan justo como terrible, arrojándolos en el lago de los leones; presentó un ejemplar á todos sus súbditos para que jamás volvesen á inquietarle, y menos á insultarle con respecto á la religion de Daniel. Esto conducia en gran modo para que Ciro pudiese dar sin contradiccion la libertad á Israel. Tambien con este portentoso Daniel aumentó, si podia aumentarse, el ascendiente que ya tenia sobre el corazon del monarca, y le puso en el caso de hablarle sobre el repugnante negocio de dejar ir de su imperio, y perder una nacion entera, la mas fiel é industriosa de cuantas le componian.

Daniel viendo el cumplimiento de los setenta años del cautiverio, y la disposicion en que el Señor habia puesto el corazon de Ciro con respecto á este delicado asunto, se determinó á proponerle al monarca, y principió por darle á entender: que la esclavitud en que estaba su pueblo de Judá, tenia fijado su término por el mismo Señor, que le habia enviado al cautiverio para corregirle porque le amaba: que este término, que era de setenta años, se concluia en el presente: que era ya tiempo de volver á poblarla, á levantar los muros de Jerusalem, á reedificar el templo del Señor y á ofrecerle víctimas agradables en el lugar que para esto él mismo habia elegido: que no intentaban los cautivos violentar la voluntad de su rey: que en el largo espacio de setenta años la cautividad nada habia dado que hacer á sus antecesores: que él mismo, á pesar del aprecio que le habia merecido, jamás le habia hablado sobre la li-

bertad de su pueblo, porque aun no habia llegado el término señalado por el Señor; pero que hallándose ya en él, esperaba que su amado Ciro, cuyo corazon se hallaba tan lleno de fe y religion, cooperaria de buena voluntad á que se cumpliese la voluntad del Señor: que era llegado el tiempo de manifestar un anuncio sumamente glorioso para el rey, y que el rey ignoraba.

Siglo y medio, señor, antes de vuestro nacimiento, fuisteis destinado por Dios para dar libertad á su pueblo, y anunciado con vuestro propio nombre. No conociais á Dios cuando todas vuestras empresas salian á medida de vuestros deseos, cuando desmayabais á vuestros enemigos, quebrantábais los cetos y sujetábais á vuestro imperio los pueblos, las provincias y los reinos; y sin embargo á la proteccion especial de ese Dios, á quien no conociais, debeis aquellos asombrosos sucesos que os hacen al presente la admiracion de la tierra. Para cumplir el honorífico encargo que Dios os fió; ha reunido á vuestro imperio de Media el de Persia y Caldea, donde viven las dos porciones que componen la cautividad. Isaías, que vivió en los reinados de Ozías, Joatan, Acáz y Ezequías, reyes de Judá, y de quien debe hacerse memoria en los sucesos de Berodac-Baladan, rey de Babilonia, con motivo de la célebre embajada que envió este monarca á Ezequías... Isaías, uno de nuestros profetas mayores, cuyas profecías andan, hace cerca de dos siglos, en las manos de todo Israel, y en las que se lee el nombre de Ciro siglo y medio antes que se oyese en el mundo el nombre de un monarca que se llamase Ciro... Isaías fué el célebre profeta por cuya boca habló el Señor las siguientes palabras:

Yo soy el que digo á Jerusalem: serás habitada, y á las ciudades de Judá: seréis edificadas. Yo soy el que digo á Ciro: tú eres mi pastor, y cumplirás toda mi voluntad. Yo soy el que digo á Jerusalem: edificada serás; y al templo: fundado serás. Yo he tomado la diestra de mi ungido Ciro para sujetar delante de él las gentes, para

hacer que vuelvan la espalda los reyes, para que se abran á su vista las puertas, y queden abiertas. Yo (Ciro) iré delante de ti, humillaré á los gloriosos de la tierra, romperé las puertas de bronce y quebrantaré los cerrojos de hierro. Por amor á mi siervo Jacob y á mi escogido Israel te llamé por tu propio nombre. Yo el Señor te ceñí (te amé) y no me conociste. Yo elevé á Ciro para ejecutar la justicia, y dirigiré todos sus caminos. Él edificará mi ciudad y dará libertad á mi cautividad, no por precio, ni por dones (sino graciosamente). Lo dice el Señor Dios de los ejércitos.

Ciro al ver la destruccion de Bel y del dragon habia renunciado á la adoracion de los ídolos, y al presenciar los portentos del lago de los leones se habia convertido en un adorador del Omnipotente. Ahora al verse anunciado tantos años antes por el Dios de la gloria, á quien adoraba y amaba, tuvo un placer extremado, y ya no pensó sino en desempeñar la comision que su Dios le daba. Desde este momento quedó decretada en su corazon la libertad de Israel, y luego se publicó en todo su imperio el edicto siguiente.

Decreto de Ciro.

Esto dice Ciro, rey de los Persas. El Señor Dios del cielo me ha dado todos los reinos de la tierra (de oriente), y él mismo me ha mandado edificarle un templo en Jerusalem, ciudad de Judea. ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo que quiera subir á Jerusalem? El Señor sea con él. Suba y edifique la casa del Señor Dios de Israel. Los que se quedaren en sus establecimientos, ayúdenles desde ellos con plata, oro, alimentos y bestias, sin contar en esto con lo que voluntariamente ofrezcan al templo del Señor, que está (arruinado y va á edificarse) en Jerusalem. Tal fué el edicto de Ciro, de este famoso monarca, anunciado por los profe-



tas, y elegido por Dios tantos años antes, para dar la libertad á Israel. Daniel vió en el edicto llenos todos sus deseos, y luego que fué publicado en todos los Estados del monarca, no trató sino de conseguir el permiso de separarse de la corte, cuya morada no convenia ya á su edad casi nonagenaria, y cuyos negocios no le eran ya interesantes, habiendo conseguido la libertad de sus queridos cautivos. Ciro estaba inexorable acerca de este permiso; pero el venerable anciano pudo tanto con sus súplicas, y sobre todo con sus ruegos al Señor, que al fin consintió el monarca en que saliese de la corte; pero con la condicion de no alejarse de Babilonia para valerse en los grandes negocios de sus incomparables consejos.

Muerte de Daniel.

Nada vuelven á decirnos los Libros santos de este admirable profeta; y parece que así como Elías fué arrebatado por Dios en un carro de fuego y colocado en un lugar de reposo para defender algun dia la gloria de su santísimo Nombre, así Daniel fué arrebatado por Dios en el carro de fuego de su divino amor al reposo del seno de Abraham para pasar algun dia á cantar entre los ángeles en el cielo la gloria de aquel santísimo Nombre, que tantas veces habia procurado honrar delante de los reyes y de los pueblos en la tierra. Las vidas de Elías y Daniel tienen una semejanza que no se encuentra en alguna de los demás profetas, como advertirá cualquiera que las lea y compare.

Dificultades por parte de los cautivos para salir del cautiverio.

La libertad del pueblo de Israel, cautivo hacia setenta años en castigo de sus prevaricaciones y la de sus pa-

dres, habia de ser obra de la misericordia del Señor; pero el Señor queria que Israel no pusiese por su parte tropiezos ni estorbos, sino que obrase con arreglo á su misericordia. Conseguido el decreto de Ciro, nada restaba sino emprender su viaje; mas esto presentaba dificultades que era preciso vencer, y si bien Ciro con su decreto habia roto las cadenas del poder que les tenia sujetos habia tantos años, tambien ellos tenian que romper las que sujetaban su corazon y le ataban á su cautiverio. Su industria, actividad y su habilidad en el comercio, juntamente con el ascendiente y proteccion que les habian dispensado los monarcas sus dueños, y la tranquilidad que siempre habian disfrutado aun en medio de los trastornos de los países en que habitaban, les habian proporcionado formarse los mejores establecimientos que habia en la Caldea y la Persia. Habian llegado á vencer la aversion con que al principio les miraban los naturales, y en el dia eran considerados como una colonia pacífica é industriosa, cuyo comercio les era muy útil. Poseían al presente, y de mucho tiempo antes, la amistad de los monarcas, á quienes obedecian y en cierto modo mandaban. Se les fiaban empleos importantes, y no habia dignidad, ni en Caldea ni en Persia, en que no les hayamos visto colocados; y si conservaban el nombre de cautivos, era solo con respecto á la Judea, á la que no se les permitia volver; pero en todo lo demás gozaban de un estado enteramente libre y comerciaban con todo el oriente. Todos estos lazos era preciso romper para salir de aquel pais de su paz y su abundancia y volverse á su tierra.

Aun la religion, que parecia ser el único motivo de este viaje y mudanza, presentaba allí sus atractivos. Ellos habian hecho conocer el nombre de Dios á unos pueblitos enteramente idólatras: habian extendido entre ellos su culto, y sin contar los grandes y reyes que ya le profesaban, apenas habia familia que no tuviese muchos prosélitos y esclavos que le seguian; y esto se ve en el recuen-

to de salida del cautiverio, en el que se advierte que para cuarenta y dos mil trescientos y sesenta Israelitas, se hallan siete mil trescientos treinta y siete siervos y siervas; y tambien se ve en la resistencia que hizo por veinte y un dias el ángel protector de la Persia al ángel protector de Israel para que no saliesen los cautivos del reino que estaba á su custodia. Todo en fin, al parecer, concurría á dificultar la salida de los cautivos; y aun habia mas, porque si el pais de su cautividad les presentaba tantos motivos y alicientes para no desampararle, su pais propio, al contrario, no les ofrecia sino escaseces, contradicciones, inquietudes, peleas y el espectáculo de un templo arruinado, una Jerusalén destruida y desierta, unas ciudades arrasadas, y unas tierras ó eriales, ó poseidas por extranjeros que les darian bien que hacer antes de salir de su posesion, ó no saldrian de ella.

Únicamente tenian, para determinarse, el restablecimiento del culto de Dios en aquella ciudad y aquel templo que el Señor se habia escogido para recibirle; porque la tierra que, segun la promesa del Señor, habia mandado leche y miel á sus padres, no tenia apariencia de manar sino suero y hiel para ellos. Sin embargo no se lee que hablasen ni una sola vez de estas dificultades. Lo hemos dicho ya: la cautividad habia formado de Israelitas idólatras y rebeldes, fieles y verdaderos Israelitas. Llenos de religion y de fe, reconocian: que la dicha que gozaban en su destierro, era efecto de la proteccion particular del Señor: que cesaria su felicidad en el momento que se hiciesen indignos de ella con su ingratitud: que las dificultades solo podian desanimar á hombres que apoyados en la prudencia humana solo contasen con sus propias fuerzas; pero no á los que fundaban su esperanza en el brazo de un Dios omnipotente: que este protector soberano, que les habia conciliado por setenta años la benevolencia de los reyes idólatras, les protegeria en todas las dificultades que se les presentasen y les daria fuerzas para vencerlas, y en fin, que á ellos no les tocaba dispu-

tar, sino obedecer cuando el Señor declaraba su voluntad, y que nada les importaba entrar en la Judea sobre felices ó desgraciadas circunstancias, con tal que reedificasen la ciudad santa, levantasen el templo y el altar, le ofreciesen en él los sacrificios de expiacion, alabanza y accion de gracias, y formasen el pueblo santo que habia de perpetuar la descendencia de Abraham hasta dar al mundo el Mesías tantas veces y por tanto tiempo prometido.

Arreglo del viaje.

No pensaron, pues, los cautivos sino en aprovecharse del edicto de Ciro, publicado en todo su imperio; pero era preciso arreglar el viaje. No convenia que todos los cautivos de Babilonia y de Persia saliesen de una vez para ir á habitar en un país erial para ellos, al paso que era muy importante que permaneciesen por algun tiempo en los dominios de Ciro un número de cautivos que conservasen y fuesen vendiendo los importantes establecimientos que tenian en ellos, y que con el valor de las rentas y del capital supliesen al desamparo en que iban á verse los hermanos que pasasen á establecerse en la Judea; para que así la abundancia de los que quedaban supliere la escasez de los salian. Ciro en su edicto dejaba en libertad á cada uno para salir ó quedarse en sus dominios, y solo ordenaba, que los que quedasen en ellos, ayudasen con plata, oro, alimentos y bestias á los que saliesen.

Se levantaron, pues, los cabezas de familias de Judá y de Benjamin, los sacerdotes, los levitas y todo aquel, añade el sagrado texto, á quien Dios despertó el espíritu (el deseo) de subir á edificar el templo del Señor en Jerusalem; de modo que el Señor fué quien señaló los que habian de salir, despertando en ellos el deseo. Luego se reunieron los ancianos y los principales del pueblo, y se determinó que se previniese á todos los que por entonces

habian de volver á la Judea: que se dispusiesen para el viaje: que vendiesen las posesiones que pudiesen, dejando las demás al cuidado de los que aun quedasen, y que estuviesen prontos á marchar al primer aviso; pero era necesario elegir antes conductores que fuesen al frente de un pueblo, que iba á emprender un viaje, aun mas largo que el de los cautivos de Egipto; porque el Señor no habia llamado ahora, como entonces, á un Moisés, ni prometido su ángel para guiarlos.

Eleccion de caudillos.

La eleccion de estos conductores no era difícil, y desde luego recayó en Josué ó Jesus hijo de Josedec, y en Sasabasar ó Zorobabel hijo de Salaciel. Era Josué de una de las primeras familias sacerdotales, y en su ascendencia, que subia por Helcías su tercer abuelo, hasta Finees, Eleazar y Aaron, contaba muchos soberanos pontífices; y Zorobabel era nieto de Joanan, hijo mayor del piadoso Josias, primer heredero del trono de este gran monarca, y único que no reino de sus cuatro hijos, á causa del trastorno del derecho de descendencia en la confusion que precedió á la cautividad.

Precedentes á la salida.

Hecha esta eleccion se dió el aviso de marcha, y todos aquellos á quienes Dios habia despertado el deseo de subir á Jerusalem á edificar el templo del Señor, se reunieron para emprenderla. Al mismo tiempo los demás cautivos, que aun quedaban en sus establecimientos, acudieron á los que salian con vasos de plata y de oro, y con alhajas y bestias de carga, sin contar con las cantidades que habian ofrecido para la reedificacion del templo del Señor. Tambien el rey hizo que Mitridates le trajese todos

los vasos del templo del Señor, que Nabucodonosor había llevado de Jerusalem, y los entregó por cuenta á Zorobabel; y hé aquí la cuenta de ellos: treinta tazas de oro y mil de plata, veinte y nueve cuchillos con mangos de plata, treinta copas de oro y cuatrocientas y diez de plata; y de otros vasos un mil, sin contar con otros menores: Todos los vasos de oro y de plata cinco mil y cuatrocientos.

Ciro en su decreto había dicho: que el Señor, Dios del cielo, le había mandado que le edificase un templo en Jerusalem, ciudad de Judea, y en cumplimiento de este encargo del Cielo, mandó: que fuese edificada la casa de Dios que estaba (arruinada) en Jerusalem, para ofrecerle en ella sacrificios: que se echasen tales cimientos que sostuviesen la altura de sesenta codos (treinta varas): que los formasen de tres hileras de piedra sin labrar y una de madera nueva, y así alternando los levantasen; y que los gastos se pagasen de la casa del rey.

Salida.

Con esto se despidieron del amable monarca, y salieron de Babilonia el día primero del mes décimo (que corresponde al día primero de la luna de diciembre) del año corriente, que era el setenta, y el último del cautiverio. Fué largo el viaje, porque Babilonia distaba de Jerusalem cerca de trescientas leguas, y porque se conducían familias enteras, compuestas la mayor parte de ancianos, mujeres y niños, á mas de los ganados de carga y abasto, el oro, la plata y los muebles preciosos, que no podían perder de vista en unos países donde casi siempre se hallaban rodeados de enemigos; y despues de cuatro meses de una marcha tanto mas penosa, cuanto se hacia en la estacion mas fria del año, llegaron á la Judea hácia el fin del primer mes del año siguiente (que corresponde al fin de la luna de marzo).

Josué soberano pontífice, y Zorobabel príncipe de Judá, vinieron siempre al frente de los caminantes, participando de todos sus trabajos, fatigas y riesgos. Esdras, tío del gran sacerdote, y célebre por su habilidad y su celo; y Nehemías, varon de gran consideracion, y tambien célebre por los grandes servicios que hizo á su nacion, venian en este primero y principal viaje, que hizo Israel del destierro á su patria. Era admirable y de la mayor edificacion ver una multitud de hombres venerables por su edad avanzada, y entre ellos el ilustre Mardoqueo, tío de la reina Ester, dejar sin sentimiento habitaciones cómodas, ricos establecimientos y puestos los mas honoríficos, y preferir á todo un sepulcro en la tierra de sus padres.

Entrada en Judea y recuento.

Luego que entraron en aquella tierra, que el cautiverio de setenta años les había hecho tan deseable, como en otro tiempo á sus padres, se postraron en ella, adoraron al Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y le rindieron las mas humildes y tiernas gracias. En seguida hicieron un recuento general de la porcion que por esta vez volvia del cautiverio, y estos son, dice el sagrado texto, los que subieron del cautiverio á Jerusalem y á Judá, cada uno á su ciudad... (aquí expresa las familias de Judá, Benjamin y Leví; pero no las que vinieron de las otras tribus, aunque tambien las incluye en la suma). Toda esta multitud (uniforme) como un solo hombre, fueron cuarenta y dos mil trescientos y sesenta, sin contar los siervos y siervas de estos, que eran siete mil trescientos y treinta y siete, y todos componian los cuarenta y nueve mil seiscientos noventa y siete que volvieron á la Judea, y añadiendo á este número el de mujeres y niños, siempre pasaria de cien mil personas. Sus caballos fueron setecientos treinta y seis, y